

## EL COPITO DE NIEVE

He aquí que una vez un pequeño copo de nieve cayó de un árbol grande, muy grande... Había nevado intensamente toda la noche. Las crestas de las montañas parecían enharinadas por todas partes... y el pequeño copo, al caer, se lamentaba diciendo: “¿Qué haré ahora solo?... ¡Tan bien que estaba en el árbol! Tenía compañía y ahora sobre una roca fría pronto moriré”.

Dídac se lo estaba mirando... ¿Quién es Dídac, preguntaréis? Es un niño rubito con ojos azules. Tendrá quizás unos siete años. Su abuelo Pedro le ha llevado a las cimas blancas y nevadas, para que pudiera disfrutar de este paisaje encantador. Viven en la gran ciudad y añoran, de vez en cuando, estas pequeñas escapadas a la montaña. Dídac es un buen estudiante. Son las vacaciones de Navidad en la escuela... y está disfrutando de un merecido descanso.

Os decía que Dídac sintió el copito de nieve, que se lamentaba, y con sus pequeñas manitas lo cogió. ¿Dónde podría ponerlo?... “¡Pobre copito, está solo! ...”. ¡Ya está!... Mamá le había puesto en la mochila un vaso para beber agua en la Fuente de la Cabrita... Lo pondría en el vaso y se lo llevaría a Barcelona.

- “¡No tengas miedo, Copito!, le dijo. Yo soy tu amigo. Vendrás conmigo nos haremos compañía”. Y dicho y hecho. Cogió el copito de nieve y lo puso en el vaso de plástico azul, que llevaba en la mochila. ¡Fantástico!, ¡qué blancura, contrastando con el azul del vaso! Parecía una nube en el cielo diáfano y transparente. “Lo pondré en el maletero del coche”, pensó Dídac. Y así lo hizo. Puso vaso con el copito, en el maletero.

Dídac era un niño muy movido y arriba y abajo pasó toda la mañana. Ahora hacía un muñeco de nieve, ahora se entretenía echando bolas. Después, un rato paseando bajo la mirada dulce y protectora del abuelo, que se sentía orgulloso de su primer limpio. Era el hijo de Tonet. Tonet era el mayor de cinco hermanos, y él y María formaban una pareja que, para el abuelo, era ejemplar. Dídac crecía feliz en el seno de esta familia.

Las horas pasaban y llegó el momento de la marcha.

– “Dídac, necesitamos devolver. Papá y mamá nos esperan. Hay que bajar al pueblo a comer”.

- “Yo quisiera un rato más, abuelo; me lo paso muy bien”.

- “¡Venga!, ¡chico!, que no tenga que repetirlo. Mañana quizás regresemos. Si hacemos enfadar a mamá, quizás nos castigará a ambos y se habrán terminado las excursiones. ¡Vamos!”.

Dídac fue hacia el coche y recordó su copito de nieve. Pero al abrir el maletero tuvo un triste susto. El copito de nieve no estaba... En vez de él encontró unas gotitas de agua cristalina y transparente. ¡Claro!, con el calor del maletero, se había deshecho y ahora era agua.

Dídac se quedó unos momentos, pensativo... ¿Qué hacía? Le había dicho al copito que sería su amigo, no podía tirar aquella agua. Seguía siendo el copito, aunque con otra forma. ¡Qué más da!, soy su amigo. Me llevaré el agua. Y así lo hizo. Cogió el vaso con mucho cuidado y entró con él en el coche.

- *“¡Vamos, amigo!, ven con nosotros a casa. Un amigo es un amigo y yo no puedo abandonarte!”.*

- *“¿Con quién hablas, Dídac?”, le preguntó el abuelo.*

*Dídac le contó al abuelo Pedro toda la pequeña historia, y, de los ojos envejecidos de aquel hombre, salta una lágrima de gozo. ¡Esto era un niño con madera de hombre como es debido! Fiel a la palabra, fiel a la amistad.*

*Al llegar a casa, mamá les esperaba con una buena comida: macarrones con sanfaina. “¿Me puedo poner queso, mamá?”, preguntó Dídac. “¡Me gusta tanto! ...”.*

- *“¡Claro que sí! El abuelo me ha dicho que has sido obediente y buen muchacho”.*

- *“Ahora, explica qué has hecho”, dijo Tonet.*

*Y Dídac, con toda la inocencia de sus siete años, explicó sobre el muñeco de nieve, las bolas aplastadas... y lo más importante: la narración del copo de nieve.*

- *“Es mi amigo, ¡no me lo tires, mamá!; quiero conservarlo conmigo, le he prometido que no le dejaría”.*

*La madre le dio una pequeña cajita de plástico transparente y le dijo:*

- *“¡Ponlo aquí!, no te caerá y podrás verlo fácilmente, sin abrir la cajita”.*

*Un “gracias, mamá”, rubricado con un beso, fue el agradecimiento que brotó de ese corazón de niño ilusionado.*

*Fueron pasando los días y Dídac, fiel a la promesa a su amigo, conservaba la cajita y hablaba con ella, y, con toda la fantasía de niño, le explicaba cómo era Barcelona, la gran ciudad en la que él vivía.*

- *“Tú no sabes qué es una ciudad, ¿verdad?”. Caíste del cielo, de las nubes, y, desde del árbol donde estabas, sólo veías montañas, árboles... la carretera y algún coche, el cielo azul, el sol..., esos seres extraños para ti, que hablamos y nos movemos: los humanos..., y poco más. Ya verás qué guapa es Barcelona. Te llevaré a pasear. Iremos al parque, a casa de mi tía, a jugar con mis amigos. Tengo muchos amigos, ¿sabes?... Jordi, Pedro, Anna, Marc. ¿Te gustaría venir a la escuela?... Conocerías a la señorita Montse. Es muy buena, pero se enfada mucho si hablamos en clase y no trabajamos. Te llevaré conmigo al patio, al bolsillo, y jugarás a fútbol conmigo. Yo soy defensa. Tenemos un portero muy bueno y siempre ganamos...”.*

*Y así fueron pasando los días en ese pequeño pueblo de Andorra, y llegó el día del regreso.*

- *“¡Vamos!, ¡vamos!, cargamos el coche... y hacia Barcelona”.*

*Ya tenemos a Dídac y su cajita en el bolsillo, preparado para iniciar el camino, pero algo le preocupaba. Quizás el copito quisiera ver de nuevo los árboles nevados y despedirse de sus hermanos blancos...*